

Francisco Vázquez Limón



Medio siglo de cirugía

José Antonio Gómez Marín



*Artículo publicado en El Mundo- Huelva Noticias,
24/01/2004*

La cirugía onubense tiene un pasado fabuloso y otro real. El fabuloso concierne a la leyenda de los ingleses, los doctores Mackay y Macdonald, de los que dice la fama que adelantaron en muchos decenios la cirugía de trasplantes y la mitología popular de la época que eran capaces de remendar y sustituir estómagos humanos por otros de rumiantes.



Dr. Mackay (izquierda) y Macdonald (derecha). / Foto cedida por la familia Mackay.

18. HUELVA — Clínica y hoteles
de los doctores MACKAY y MACDONALD



El real nos dice que Huelva fue durante los dos cuartos intermedios del siglo pasado, una plaza bien servida en la que, sin desprecio de otros facultativos respetables, descollaban con fuerza dos, don **Francisco Vázquez Limón** y don Félix Sanz de Frutos. Hoy querría echar una mirada al primero, un personaje de extraordinario talante y talla humana y profesional poco común, que sufrió, ciertamente, los rigores de una época fraticida y ciega, sin perder los estribos, para recogerse luego en la intimidad de su hogar y su trabajo.



Vázquez Limón fue un personaje reservado, casi secreto, al que nadie vio casi nunca en público porque había cercado su mundo vital en su entorno privado y, desde luego, porque no estaba interesado en lo más mínimo por las miserias que florecían, en aquella época como en todas, de puertas afuera.



65 HUELVA

Calle San José



El Dr. Vázquez Limón había nacido en Huelva el 15 de Diciembre de 1899, razón por la que siempre dijo que había nacido con el siglo, en una casa de la calle de San José, creo, que fue la que ocupó en primer lugar su familia al venir a Huelva desde **Alosno** y antes de trasladarse a la residencia familiar de Peguerillas.



Estación antigua del tren

¿Quiénes eran esos Limón que tanto relieve tendrán en la vida onubense durante decenios? Pues eran una familia de **Alosno**, cuyo 'epónimo', por así decirlo, fue un inteligente ganadero de no gran cuantía, *Francisco Limón Rebollo*, que, enamorado de una prima ricacha del pueblo, hubo de buscar fortuna con las dificultades que presentaba para esa hazaña un pueblo que vivía prácticamente de la minería y del contrabando.



Su ocurrencia fue, precisamente, ‘organizar’ este tráfico inocente –hablamos fundamentalmente de contrabando de café y otros productos coloniales portugueses—con tan espectacular acierto que, en muy pocos años, la ‘empresa’ pudo especializarse en la compra de concesiones mineras y en un negocio próspero que resultaría definitivo para la suerte de la familia: el arriendo de los “**consumos**”, en la época propiedad de los Ayuntamientos.



En todo el Andévalo y en su piedemonte, por ejemplo, en Valverde, se ha conocido siempre a esa estirpe emprendedora como los **“consumeros”** hasta el punto de convertirse en un tópico demagógico de la izquierdona (Eduardo Barriobero y otros personajes similares) el ataque al oficio recaudador.

Casó al fin Francisco Limón con su prima **Bella Caballero** para formar una amplia familia, cuyos cinco hijos son bien reconocibles en la crónica por escribir de esa época onubense:

Sebastiana Limón Caballero, luego condesa de Barbate





Concha Limón Caballero

(Alosno, 1884, lo que quiere decir que la familia aún estaba allá, aunque puede que la madre fuera a parir a su pueblo como no era inusual entonces)



Pepa Limón Caballero

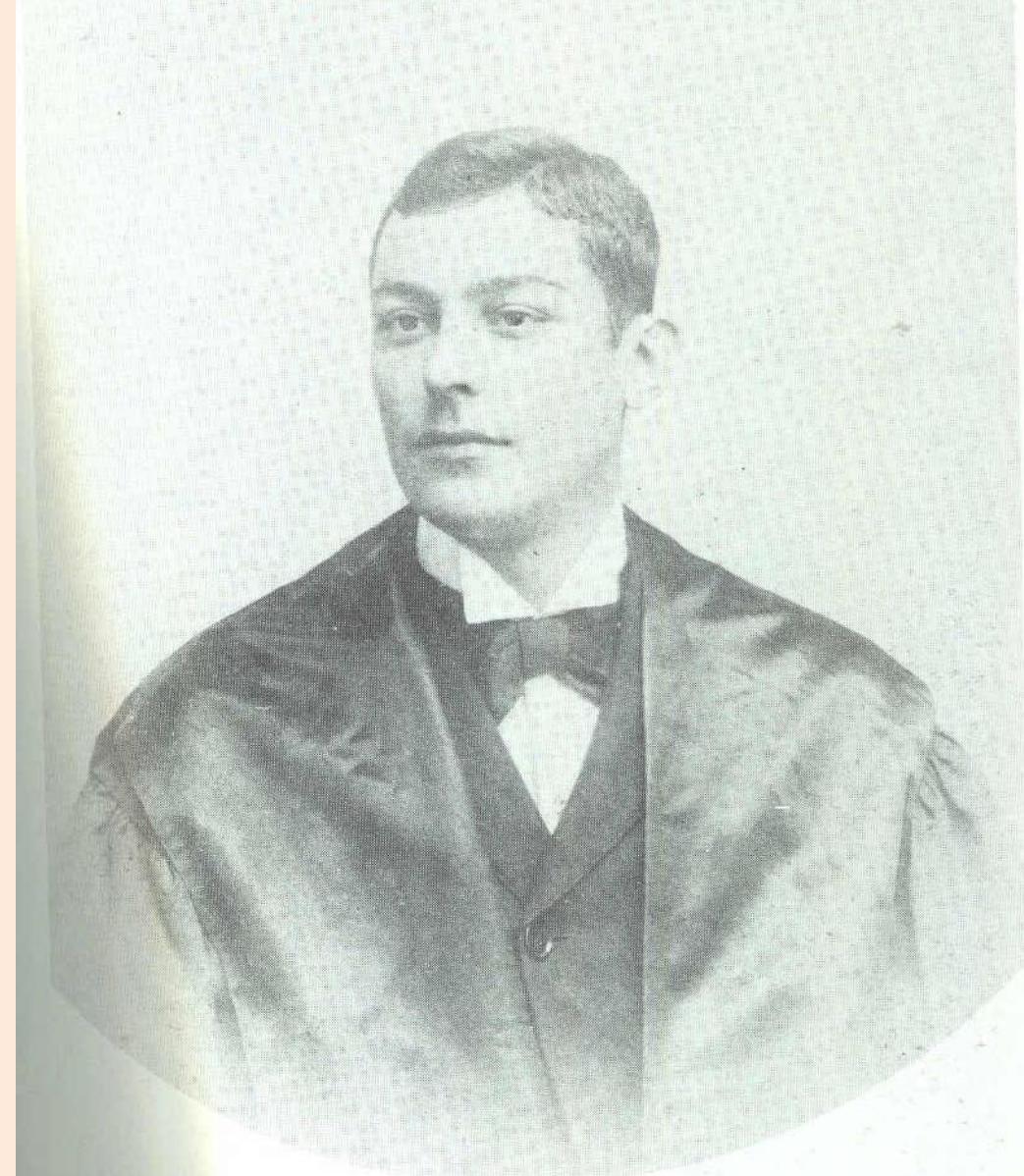
*A la izquierda foto de la antigua calle:
Limón Caballero,*

en la actualidad, calle Cabecillo.



José Limón Caballero

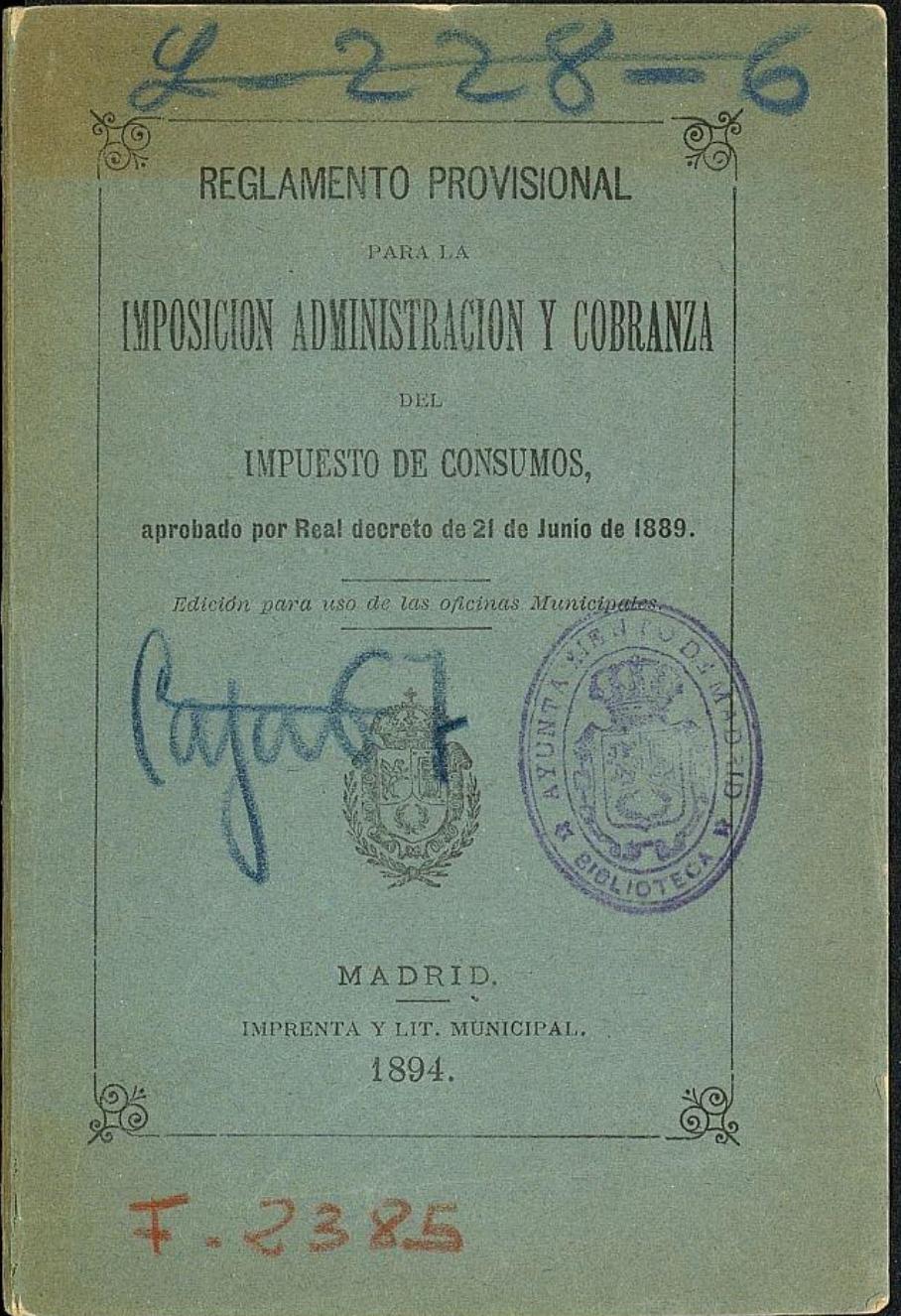
(un clásico cacique provincial, conocido en su circunscripción como ‘el Diputado’ por antonomasia, que llegaría a liderar el Partido Liberal, iría a Asturias de Gobernador y tendría durante la represión franquista una interesante influencia contra los excesos)



El Diputado D. José Limón Caballero, recién terminada su carrera de Derecho, en 1892. A lo largo de su carrera política, fue repetidas veces diputado del Partido Liberal por la circunscripción electoral de Valverde.



y María Rondana Limón Caballero. Fue ésta, casada con el médico triguereño Eduardo Vázquez Casanova, la madre de nuestro don **Francisco** y de doce hermanos más (Antonio, Eduardo, José, Serafín, María Bella, Estrella, Blanca, Bella Aurora, Victoria, Delia, Guillermínha y Serafina).



Es interesante subrayar que el traslado de esa familia extensa a Huelva se produce cuando ya es poseedora de una importante fortuna, lograda, efectivamente, sobre todo, en base al negocio de los “consumos” –(el viejo impuesto de “puertas y consumos”, que abolido en la Revolución Gloriosa del 68 es recuperado luego)-, fortuna de cuyo alcance da idea el dato que María Antonia Peña facilita en su ya clásica obra sobre el caciquismo onubense: el hecho de que en el año 1903 la familia arrienda los consumos de Madrid en más de 22 millones y medio de pesetas, una cantidad fabulosa para la época, sobre todo teniendo en cuenta que el pago del arriendo al Estado debía hacerse al contado y en metálico.



Don Francisco contaba entonces tres años justos, puesto que, según su inscripción registral, vino al mundo en Huelva, en su domicilio de la calle Rascón número 11, (una anotación al margen consigna que el domicilio estaría, como yo creo, en la de San José número 17), primer domicilio de los Vázquez Limón,



en cualquier caso, antes de trasladarse toda la familia a su residencia de Peguerillas, finalmente propiedad de la citada **condesa de Barbate**, aquella que venía cada tarde a la capital, a partir de la primavera, a visitar a sus viejas amigas de la calle del Puerto, las hermanas León, en un arcaico simón tirado por dos vistosos percherones que eran la admiración de la santa infancia.



Los expedientes académicos de aquella eminencia muestran, una vez más, lo poco adecuado que resulta ser tantas veces el sistema educativo, pues si en su aventura inicial en el Instituto La Rábida don Francisco no descuella especialmente (¡incluso suspende el inocente examen de Ingreso, aquel del dictado y la división por decimales!)

La dictadura de Primo de Rivera (1923-1931): Autoritarismo y tentación fascista.



en la Facultad de Medicina de Sevilla destaca hasta el extremo de obtener Matrícula de Honor en todas las asignaturas de la carrera, que finaliza en el curso 1922-1923 a la edad de 23 años, obteniendo, tras reñida oposición celebrada el 30 de septiembre, el Premio Extraordinario de la Licenciatura.

Su título, expedido por el viejo ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes, está firmado por Alfonso XIII el 15 de octubre del año 23, es decir, en plena efervescencia de la Dictadura (el golpe de Primo de Rivera y el Rey se produjo el 13 de septiembre).



Y ahí empieza una brillante carrera profesional, siempre por oposición, que va desde su nombramiento, en octubre de ese año, como profesor ayudante del mítico Dr. Cortés, el cirujano, traumatólogo y ginecólogo de la Hispalense, pasando por su nombramiento de Médico de Guardia del Hospital universitario, cargo que desempeña hasta finales de junio del año siguiente, a su destino onubense



Vázquez Limón quería volver a Huelva, en efecto, y será en el Hospital de Huelva donde gane por unanimidad la plaza de Jefe Clínico de Cirugía el 8 de junio de 1928, es decir, aún con veintisiete años, y con un sueldo inicial de 4.000 pesetas anuales. Luego su fama crecería rápidamente hasta que en su camino se cruzara la tragedia española.



En la prensa de Huelva –El Diario de Huelva, la Provincia—puede leerse, al filo del 18 de Julio del 36, un suelto breve en el que se da cuenta de que un individuo, al que Vázquez Limón había colocado primero y expulsado luego del Hospital por su reprobable conducta, disparó sobre el joven médico en pleno centro de la ciudad obligándolo a salvar su vida al refugiarse en un portal.



Pero lo malo estaba por venir. Tomada Huelva por los rebeldes franquistas, aquel joven médico liberal fue arrestado bajo un cúmulo de ridículas acusaciones en las que se ve a la legua la inquina tanto como la falta de base, grave situación en aquellos días que contribuyeron a resolver, con su vehemente testimonio favorable, precisamente las monjas del Hospital donde se imputaban a aquel “rojo” imaginario tantos disparates.

Don Francisco, hombre más bien severo y un punto adusto, no escatimó nunca su agradecimiento a aquel gesto de quienes contribuyeron, desde la discrepancia ideológica y seguro que por agradecida comprensión, a salvar su vida.



Rehabilitado tras su denodado servicio como médico militar durante la larga guerra civil, volvería **Vázquez Limón** a Huelva finalmente para seguir con su trabajo y enclaustrarse en su intimidad familiar de la que sólo lograrían arrancarle, y ya muy tarde, las nuevas inquietudes que otras generaciones le planteaban al tomarlo como un referente y, en cierto modo, como una protección frente a la implacable censura social.



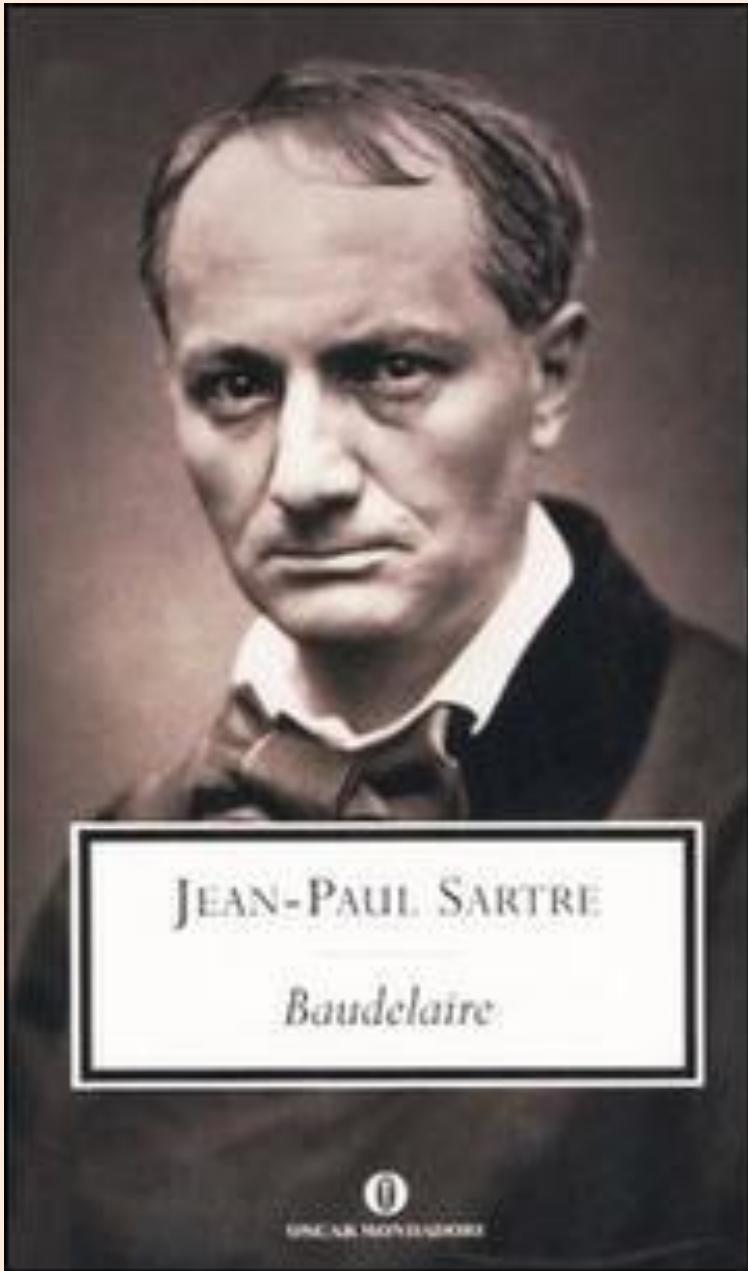
La tarea de Vázquez Limón como agitador cultural está también por estudiar, en especial su decisiva contribución a la puesta en pie de un Ateneo, en el ámbito del Círculo Mercantil y Agrícola que presidía por entonces, creo recordar, José Antonio Fernández Contioso, que durante años se esforzó, dentro de lo que era posible, en abrir nuevos horizontes, aprovechar las energías recientes y sacudir, de algún modo, la inercia de una ciudad ciertamente adormilada.



Una tarea solitaria, además, a pesar de los desvelos de Hermenegildo de la Corte, José Antonio Mancheño, y la lejana simpatía, más bien pasiva, con que la ‘progresía’ local contemplaba aquel movimiento menor pero interesante, en el que más tarde se inspirarían las actividades críticas que ella misma acabaría organizando alrededor del proyecto de la librería Saltés, la obra social de la Caja de Ahorros y demás.



Porque aquel discípulo de Cortés que había sido maestro de tantos cirujanos en Huelva y sobre cuya profesionalidad circulaba una vasta leyenda indiscutida, fue también, durante esa última fase de su vida, un español preocupado por el futuro inmediato, un convencido de que dentro del modelo político y social derivado de la guerra no había futuro y, desde luego, de vueltas de la idea de que era posible continuar adelante sin renovar enérgicamente los cimientos culturales.



Yo recuerdo el interés de don Francisco por la bibliografía reciente, su curiosidad y también su educada indiferencia ante las pasiones intelectuales que a muchos de nosotros nos arrastraban entonces. Conservo cartas suyas con su opinión crítica sobre algún libro de Monod o de Touraine que, a petición suya o iniciativa mía, yo mismo le habría enviado desde Madrid. Especialmente la impresión que le produjo el 'Baudelaire' de Sartre, que lo llevó a enfrascarse, tan tardíamente, en la poesía del genio francés. O su juicio sobre las primeras obras de Castilla del Pino, o sobre el mismo Freud, que le intrigaba sin convencerle. Un día me escribió invitándome a reflexionar sobre el hecho de que, vistas las cosas sobre un planisferio, el comunismo ocupaba ya la mitad del planeta más o menos:



esa sugerencia-invitación provocó mi primera intervención (ciertamente audaz) en aquel ateneo vigilado por policías que no osaban interrumpir lo que él presidía, menos mal.

Se conserva una foto suya que me commueve y en la que creo ver una especie de sugerencia simbólica: en ella aparece un joven Vázquez Limón en un grupo de condiscípulos universitarios, sentado junto a un viejo catedrático barbudo, revestido con toga y tocado con birrete, que descansa su mano izquierda sobre las del joven discípulo.



También es conocido el afecto con que Cortés correspondió a la devoción de su antiguo alumno y colaborador. O la que le profesaron amplios sectores de aquella Huelva lejana pero no tan rosa, en la que él prodigó —aunque eso se sepa poco y mal— una amplia labor generosa que conozco, como su familia sabe, de primera mano, pero que callaré ahora por indispensable discreción.

Distante o más bien retirado, estricto hasta la severidad, sencillo en el trato sin concesiones a la confianza innecesaria, dicen que celosamente al día de la evolución de sus saberes profesionales, respetado por todos menos por los cainitas y los hijos de la envidia, que nunca faltan,

Vázquez Limón presidió 'in absentia', como en modesta y voluntaria clausura, toda una era de la medicina onubense, y fue uno de aquellos ciudadanos voluntariamente distanciados de la vida colectiva que en la postguerra prefirieron alejarse del ruido sin por ello perder de vista lo que ocurría alrededor.





La posteridad ha consagrado a don Francisco una calle céntrica en la capital y ya es raro que en muchos pueblos de la provincia, la inmensa mayoría de los cuales guarda una intensa memoria de él y su obra médica, no se hayan expresado de la misma manera. Hay un opúsculo suyo, escrito en plena madurez, sobre lo que Laín Llamaría —más o menos por las mismas fechas— la “relación médico-enfermo”, que lamentó no tener a mano pero que no he olvidado por la manera sencilla con que en él exponía el viejo médico de vuelta de todo, las grandezas y servidumbres de su profesión.



No decía nada, como es natural, de los silencios, de los ninguneos, de las zancadillas, de las persecuciones y hasta de los tiros que un espíritu liberal como el suyo hubo de soportar en la ciudad de entonces. Mejor quizá. Porque lo que es difícil que alguien pueda sostener es que oyó alguna vez murmurar de ese gran hombre, tan onubense en su retiro, tan generoso en tantas cosas y, como debe ser, en secreto. Raro caso, para qué vamos a engañarnos.

Hoy lo evoco sentado en su despacho umbrío, o en la salita que usaba para charlar con los que le traíamos de fuera el oxígeno que pocos sospechaban que él demandara con tanta vehemencia, en el patio de aquel caserón de la calle de la Fuente habilitado a medias para clínica, a medias para reducto seguro de su intimidad familiar.



Foto: Clínica Vázquez Limón, un edificio de estilo modernista de principios del siglo XX y que se encuentra en la calle La Fuente.



Seguramente no hay muchos onubenses que tuvieran el privilegio de desenmascarar la rara delicadeza de este hombre refugiado en la sequedad un poco bravía que le servía de valladar, y menos que llegaran a descubrir la ternura que él ocultaba, como si se tratara de un defecto, eludiendo cuanta circunstancia pudiera desvelarla.

Algunos niños que hoy son mayores, por ejemplo, y no sólo los de su familia, conocen, sin embargo, ese doble fondo de su personalidad reservada.





La aventura iniciada por el trasabuelo de leyenda, aquel mozo enamorado, caballista con trabuco y catite, acababa en esa página áurea de la descendencia notable que remata prestigiosamente este médico excepcional que fue, aunque eso se sepa menos, un onubense apasionado.



Diseño y fotomontaje:

Antonio Blanco Bautista

10 de agosto de 2017